



(¿A quién diablos se le ocurre leer en esa estepa?)
El edificio tiene dos pisos, con un balcón circular sostenido por ménsulas de piedra labrada. Las persianas corridas. El portal cerrado. Inútilmente golpeas con el picaporte.

—No hay nadie —dice un vecino.

—¿A qué hora abren?

—No hay hora fija.

El hombre escudriña las encías con un palillo
y te contempla de pies a cabeza con moderada curiosidad.

—¿Es usted el nuevo maestro?

—No, señor.

—Como lo esperábamos la semana entrante...

—Andaba de paso y al ver el letrero creí que estaba abierta.

—Casi nunca abren —dice el hombre—. Pero, si le interesa visitarla, yo sé quién tiene la llave.

—No quisiera molestar.

—No molesta. Es una parienta mía. Vive a dos pasos de aquí.

Varios chiquillos os observan hilando baba. El vecino se encara con ellos y pone una mano sobre la cabeza del más alto.

—¿Sabes dónde vive la Julia?

—¿Qué Julia?

—La que tiene la tienda de alpargatas en el portillo.

—Sí, señor.

—Anda, ve corriendo y dile que te dé la llave de la biblioteca, que un señor la quiere visitar.

El niño sale disparado. Tú agradeces al vecino con una sonrisa.

—La hija de la Julia se encarga de la limpieza, de quitar el polvo, de abrir las ventanas...

—¿Todos los días?

—Ca, en Navidad y en verano... Cuando viene el inspector (...)

